

## Prólogo

No se trataba en principio más que de una conferencia. Los «Mediodías de la poesía», que tanto hacen por la difusión de la poesía en Bélgica, me habían invitado a realizar una «lectura» sobre un poeta elegido por mí, pero que perteneciese preferentemente a la Antigüedad... Propuse a Lucrecio, y mi sugerencia fue entusiastamente aprobada. El acto se celebró, al igual que los demás de ese ciclo, en el Auditorio del Museo de Arte Antiguo de Bruselas. Había elegido varios extractos de Lucrecio, por supuesto en su traducción francesa, a los que un excelente actor, Jules-Henry Marchant, tuvo la gentileza de prestarles su voz y su talento. Los encontraremos en las páginas que siguen, y en la ubicación que entonces les concedimos, pero junto a otros que no se leyeron aquel día ni aparecieron luego en el librito que se editó primero.<sup>1</sup> En efecto, éste no era más que la transcripción, revisada y corregida, del encuentro que había tenido lugar en Bruselas, el 5 de octubre de 1999, en un ambiente, como acostumbra a darse en Bélgica, especialmente cálido y simpático. El presente libro reproduce lo fundamental de aquél, con el añadido de numerosas glosas. Quiero dar las gracias a Anne Richter, sin la cual no habría sido posible esta conferencia, a Michel De Paepe, que publicó su primera versión, y a las Éditions Hermann, que impulsaron la segunda y la aprobaron.

Al tratarse del Lucrecio poeta, y dado que ése era para mí el objeto más novedoso de esta exposición, la cuestión de las traducciones adquiriría una importancia especial. Durante la lectura bruselense, elegí la traducción de Alfred Ernout, en *Belles Lettres*, no porque me satisficiera del todo, sino porque hacía tanto tiempo que la utilizaba que

había acabado por confundirse para mí, desde luego de un modo abusivo, con la voz del propio Lucrecio. Es una traducción en prosa, realizada por un gran latinista, pero en ocasiones aproximativa desde un punto de vista filosófico y, lo que en este caso era más grave, que no hacía justicia por completo —pero ¿cómo habría podido hacerla?— a los suntuosos versos de Lucrecio. Al volver a trabajar en mi texto con vistas a la primera edición, decidí en un primer momento utilizar la versión más reciente de José Kany-Turpin, editada por Garnier-Flammarion, que durante ese tiempo había aprendido a valorar. Está realizada en prosa no sólo «ritmada», como dice su autor, sino discontinua, lo que le confiere al menos la apariencia de un texto en versos, irregulares desde luego, pero precisos y cadenciosos, con algunos hallazgos sorprendentes. En consecuencia, me puse a reescribir los extractos elegidos, sin sentirme pese a todo completamente obligado por ellos: a veces prefería una determinada expresión de Ernout, o incluso, en menos ocasiones, adoptaba una frase que me parecía especialmente lograda de la traducción, a menudo ignorada, de Henri Clouard, o de la traducción, precisa y elegante, aunque incompleta, de Marcel Conche, de su pequeño pero admirable *Lucrecio y la experiencia*.<sup>2</sup> Esta especie de collage reveló pronto sus limitaciones. Se hacía necesario unificar el conjunto, intentar mejorarlo, en la medida de lo posible, sin renunciar, cuando no quedaba satisfecho por ninguna de las cuatro traducciones que manejaba, a volver a traducir yo mismo...

Esta tarea me resultó más placentera de lo que me había imaginado. Le dedicaba más tiempo del que en principio me había propuesto. La poesía tiene sus propias leyes, sus exigencias y sus obligaciones. Tomaba como punto de partida una traducción en verso, o que se le asemejaba mucho. Imposible renunciar a ellas. Comenzaba entonces, primero poco a poco, con prudencia, a intercalar un verso, luego dos, entre los de Kany-Turpin. La tentación del alejandrino, para trasladar el hexámetro dactílico de Lucrecio, se volvía irresistible; y no tardaba mucho en ceder. La tentación de la rima no se hizo tampoco esperar. Pero me pareció importante, para no sacrificar la fidelidad, renunciar a ella. Por lo demás, las tentativas del siglo XIX, que por supuesto repasé,<sup>3</sup> apenas me resultaron convincentes: demasiada vaguedad en el pensamiento, demasiada monotonía en el ritmo, con un no sé qué de forzado o de anticuado. ¿Podría haberlo hecho yo mejor? No lo sé. Al menos, liberado de la rima (y es necesario recordar que no formaba parte de las reglas de la poesía latina), me aproximaba más al texto y al pensamiento de Lucrecio, y quizá también, aunque no debo decir-

lo yo, a su poesía austera, al mismo tiempo oscura y clara, entusiasta y reflexiva.

En principio, mi proyecto no pretendía otra cosa que mejorar, en la medida de mis capacidades, una traducción ya existente. Las exigencias prosódicas me llevaron sin embargo más lejos de donde había previsto llegar. Poco a poco, y con un creciente placer, acometí la tarea de traducir el conjunto de los extractos elegidos... Esta traducción inédita y parcial (pues sólo se trata de fragmentos escogidos) es la que se leerá a continuación. Sigue siendo muy deudora de las que he utilizado y en muchas ocasiones reproducido (especialmente las de Ernout y Kany-Turpin). Ni que decir tiene que las torpezas o aproximaciones que se puedan encontrar en ella únicamente se me pueden atribuir a mí. He privilegiado decididamente la belleza del canto, en la medida en que fui capaz, a costa de renunciar por ello, cuando hacía falta, a la precisión literal. Por otra parte, el latín es más denso que el francés (especialmente por el hecho de la ausencia de artículos, de los que el francés apenas puede prescindir), y nuestros alejandrinos abarcan menos que un hexámetro latino (que puede contener entre trece y diecisiete sílabas). La dificultad se redobra cuando se trata de Lucrecio, en quien, como resaltaba Francis Ponge, que le admiraba por eso, «la densidad de la lengua latina se ve llevada a su límite». Si nuestra pretensión es respetar el número de versos, como a mí me ha parecido necesario, nos vemos obligados a condensar, casi siempre, y a recortar a veces. Es el precio que hay que pagar a la prosodia y al francés. Es evidente que el fondo del pensamiento, en cambio, tenía que permanecer intacto. Es el reto que me propuse, y creo haberlo conseguido.

No por ello los límites de la empresa estaban menos presentes. Al comienzo, sólo se trataba de una conferencia ilustrada, o de una lectura comentada: tal es el espíritu de los «Mediodías de la poesía». Inútil sería subrayar que semejante tentativa no podría pretender ninguna exhaustividad. Mi único propósito era facilitar el descubrimiento de Lucrecio, o su redescubrimiento, más de veinte siglos después de su muerte, a los aficionados a la poesía que podían, ya que nuestra época es así, ignorarlo casi por completo. Las metas que se propone la presente obra siguen siendo las mismas. Su modestia salta a la vista. Aun cuando el elenco ha sido aumentado de modo considerable, como sucede aquí, esta antología no podría dispensar de la lectura íntegra del *De rerum natura* (del que sólo traduje 982 versos, o sea, poco más del 13 % del total), como tampoco los comentarios que la acompañan podrían invalidar aquellos, cultos o desarrollados de otro modo, cuya re-

ferencia se encontrará indicada en la bibliografía. De lo que se trata aquí no es más que de un recorrido, o varios, por la obra de Lucrecio (precisamente, ése era el primer título que había pensado para este libro: «*Paseos lucrecianos*»), sin otro objetivo que el placer de encontrar en él a un viejo amigo o un viejo maestro, siempre parecido y siempre diferente, y presentarlo, quizás, a algunos aficionados a la poesía o —en ocasiones son los mismos— a la filosofía. «En Lucrecio se aloja lo ilimitado», decía Victor Hugo. Pero aún hay que adentrarse en él. Este libro no tiene otra ambición que la de alentar a que lo hagan algunos lectores más, que se unirán a los cientos de miles que, desde hace más de veinte siglos, encontraron en esta «poesía oscura», como también la calificaba Victor Hugo, un alimento para nutrir su reflexión y para apaciguar —a pesar de la que sentía Lucrecio, o quizá gracias a ella— su propia angustia. El poeta, que tanto cantó la luz y la aurora, sabía mejor que nadie cuán larga y penosa noche había primero que atravesar para poder al cabo presenciar la salida del sol... Lo que importa es el placer, y lo que libera es la verdad. Pero, en ambos casos, sólo accedemos a su experiencia a condición de que primeramente superemos en nosotros aquello que nos aleja de ella. Y en eso consiste la filosofía misma. Que la poesía pueda también ayudarnos a conseguirlo, fue, contra Epicuro, la apuesta de Lucrecio. Tal apuesta es lo que he intentado volver comprensible para los lectores actuales. Ninguna emoción puede suplantar al pensamiento. Pero ¿de qué valdría un pensamiento que nunca consiguiera conovernos? Ése es el punto en el que la filosofía coincide con el arte, o puede encaminarnos a él. Y es el punto en que el arte, en sus realizaciones más elevadas, incumbe a la filosofía. El corazón tiene sus razones, que la razón puede llegar a conocer. La *vera ratio*, como dice Lucrecio, no suprime la sensibilidad, «de la que ha surgido enteramente». <sup>4</sup> A veces la aclara, la modifica y la serena. Pero, después de todo, hay que intentar vivir: ahí es donde poesía y filosofía se confunden mutuamente. Raros son los genios que se encuentran en esta encrucijada. Lucrecio es uno de ellos, uno de los más grandes, de los más auténticos y de los más desgarradores. Es una fortuna que la luminosa sabiduría de Epicuro haya encontrado, para llegar hasta nosotros, este canto profundo y grave. Epicuro señala el camino: nos enseña adónde tendríamos que llegar. Lucrecio nos aborda allí donde estamos. ¿En la noche? Siempre es de noche en algún lugar. Y siempre hay un sol que se eleva en el horizonte. «El provecho de Lucrecio para las almas, señaló un día un reputado psiquiatra, consiste en el sosiego que proporciona la luz: *placatumque nitet diffuso lu-*

*mine caelum* —Y esplende sereno el cielo de derramados albores». <sup>5</sup> Lo que Lucrecio quiso trasmitirnos con su canto es este sosiego, y es este mismo sosiego el que yo he intentado —al traducirlo e intentar comprenderlo— transmitir a mi vez.\*

\* Conscientes de la aporía a la que nos enfrentábamos si queríamos permanecer fieles al propósito aquí manifestado por el autor, al no poder soslayar su traducción de los versos de Lucrecio acudiendo al original a través de alguna de las traducciones ya existentes al castellano (por ejemplo, la rítmica de Agustín García Calvo —Lucina, Zamora, 1997—, la clásica de José Marchena —en endecasílabos blancos, de comienzos del siglo XIX: Cátedra, Madrid, 1983—, o las más recientes de Francisco Socas Gavilán —Gredos, Madrid, 2003— y de Miguel Castillo Bejarano —Alianza, Madrid, 2003—), y sabedores de que la *traducción de una traducción* no puede pretender pasar por esta última, decidimos optar finalmente por lo que para el lector castellano constituye, sin duda, el interés primordial de este libro. Es decir, sacrificamos, como una inevitable *part du feu* (siguiendo una indicación del propio autor en la nota 16 del capítulo 8), los valores prosódicos y métricos de la traducción francesa de Lucrecio, mitigando así inevitablemente la fuerza poética que constituye una faceta fundamental en la lectura que hace de él Comte-Sponville, para poder preservar a cambio su nervio argumentativo y conceptual. Con todo, hemos mantenido la apariencia de versificación por dos razones de peso: en primer lugar, para respetar el orden y la numeración de los versos; y en segundo lugar, para seguir lo más cerca posible la traducción del autor en un quimérico afán de literalidad. (*N. del t.*)